



Aspecto parcial de la procesión celebrada en Brujas (Bélgica) el día de la Ascensión, manifestación religiosa que se compone de desfile y representaciones escenificadas. En los momentos actuales, tal tipo de demostraciones de fe constituye un punto de fricción entre los partidarios del "conservadurismo" y los progresistas.

La Iglesia católica en el siglo XX

por JUAN GOMIS

El siglo XIX había puesto a la Iglesia católica fuera de juego. Acaso el esfuerzo mayor que afrontará hasta el final del Concilio Vaticano II será el de volver a estar plenamente en el campo. ¿De qué campo y de qué juego se trata? El siglo XIX había visto en Europa la lucha entre el absolutismo y las libertades políticas proclamadas por la Revo-

lución francesa, la primera revolución industrial con la aparición de la burguesía como clase dominante y del proletariado como clase dominada que empezaba a organizarse, y las luces de la razón encendiéndose contra el tradicional predominio de los dogmas y leyes proclamados por la Iglesia.

En esta lucha, la Iglesia había perdido. El



Entrada de las tropas italianas en Roma a través de la brecha abierta en sus murallas el 20 de septiembre de 1870 (grabado de la "Leipziger Illustrirte Zeitung"). A partir de este momento se abría una nueva etapa para la Iglesia, pues el papa se declararía "prisionero en el Vaticano".

apoyo a los intentos de volver al *Ancien Régime* habían fracasado mucho más que triunfado; las nuevas nacionalidades europeas, traídas por la burguesía y el romanticismo, se organizaban sacudiendo las antiguas alianzas entre poder civil y poder eclesiástico; las nuevas libertades se afirmaban contra las condenaciones del *Syllabus*. La burguesía rendía culto más bien a la ciencia o al deísmo antes que al Dios de la Iglesia de Roma. El proletariado acampaba extramuros de la fidelidad eclesial, y sus diversos movimientos políticos —socialismos de varias tendencias, anarquismo— señalaban a la Iglesia como uno de los primeros enemigos a los cuales había que abatir. El poder temporal de la Iglesia recibía el duro golpe de las tropas italianas acabando con los Estados Pontificios y penetrando en 1870 por la brecha de la Puerta Pia: el papa, prisionero en el Vaticano. La Iglesia había quedado fuera de juego.

En los últimos decenios del siglo se perfilaba el primer movimiento para recuperar el terreno perdido y volver a tener una presencia en la sociedad europea transformada. Ya desde mediados del diecinueve, unos grupos católicos minoritarios proclamaban la necesidad de cambios en la Iglesia y de reconciliarse con la democracia. "¡Pasémonos a los bárbaros!", había exclamado Ozanam. Pero casi siempre los pioneros suelen ser atendidos con retraso. De todos modos, el nuevo papa, León XIII, protagoniza aquel primer intento. En su encíclica *Rerum Novarum* trata de cristianizar el capitalismo. Intento nada revolucionario, pero que, a pesar de todo, fue visto como tal por muchos sectores ca-

tólicos. Pues la burguesía, beneficiaria de la revolución industrial y de las libertades políticas, penetraba de nuevo en las filas de la Iglesia: ¿no era ésta defensora del nuevo orden económico-social; no se oponía a la peligrosa ola revolucionaria? En Alemania y en Francia, León XIII tiende puentes de colaboración, y en su encíclica *Graves de Communis* admite, aunque en sentido restrictivo e inadecuado, la expresión de "democracia cristiana" por la que habían luchado aquellos pioneros; en otras encíclicas reconoce, aun cuando con serias reservas y sin darle primacía, el llamado régimen popular. Había empezado la reconsideración de los hechos que habían puesto a la Iglesia católica fuera de juego.

Ya iniciado el siglo XX, el pontificado de Pío X vive la lucha entre "modernistas" e "integristas" en la Iglesia europea. Los modernistas trataban de adaptar la Iglesia a las ideas modernas, y sus adversarios querían mantener en toda su integridad las posiciones y actitudes que la Iglesia había sostenido ayer. La polémica entre las dos corrientes, a menudo áspera, demostraba que la Iglesia había dejado de ser monolítica y que algunos sectores eran sensibles a ideas nuevas. Pero ello no lograba desarmar la pertinacia antirreligiosa y anticlerical de sus adversarios. Más fundamentalmente antirreligiosa en los movimientos proletarios; más volterrianamente anticlerical en la burguesía heredera de la Enciclopedia. Un movimiento que hoy sería considerado como de una tendencia democrática-cristiana moderada y por supuesto

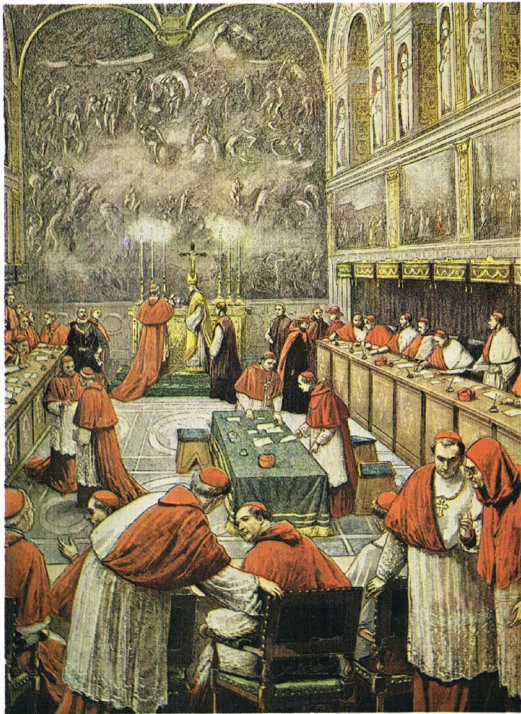
Medalla de León XIII (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona). Este papa protagonizó el primer intento de cristianizar al capitalismo.



admitida, *Le Sillon* francés, era condenado por Pío X en 1910: recordaba demasiado el tríptico de libertad, igualdad y fraternidad que tan desagradable sabor tenía para muchos paladares eclesiásticos. Sin embargo, una medida favorable a las nuevas costumbres políticas había sido adoptada en Italia: Pío X levantó el *non expedit* que desde decenios prohibía a los italianos ser elegidos y ser electores. Se preparaba también un cambio en la tarea en los llamados países de misión, que durante siglos, con el sistema de patronato, concedía a las monarquías católicas el monopolio de las misiones. La expansión misional, durante los últimos decenios del diecinueve, generalmente se había llevado a cabo de modo paralelo con la penetración del capitalismo colonialista. Benedicto XV va a centralizar la actividad misional desde el Vaticano, y él y su sucesor, Pío XI, acabarán con el sistema de patronato, empeñados en que las comunidades misioneras sean comunidades vivas y autóctonas, no dependientes de las metrópolis católicas.

Benedicto XV, todavía recluso en el Vaticano, lanza otra iniciativa en aquel empeño de recobrar una presencia en el mundo. Presencia que fuera ya mucho menos, como la de ayer, basada en el apoyo del poder temporal. Son sus intervenciones de paz durante la primera Guerra Europea, intervenciones por lo general no demasiado bien acogidas por las comunidades católicas de ambos bandos, igualmente nacionalistas, pero que dan a la Iglesia una iniciativa para que, en el mundo futuro, los conflictos no se diriman por la violencia, sino por un arbitraje internacional.

Por lo menos oficialmente, Benedicto XV había puesto fin a las polémicas entre integristas y modernistas, y aceptó y aun alentó el nacimiento del primer partido democrata-cristiano de masas: el italiano Partido Popular del sacerdote Sturzo. Pío XI dará pasos importantes en estas tentativas de reinsertión de la Iglesia en la comunidad humana. Aquel Vaticano, hasta poco tiempo antes aislado y aun menospreciado por muchos poderes civiles, realizará en la primera posguerra una vasta operación de acercamiento: el cuerpo diplomático de la Santa Sede alcanzaba en poco tiempo una cincuenta de nunciaturas o legaciones acreditadas ante otros tantos gobiernos, y firmaba en aquellos años más de cuarenta concordatos, a veces con potencias indiferentes e incluso hasta cierto punto hostiles. Eran unos tratos de poder a poder, que, si bien lejanos de la antigua alianza entre el trono y el altar, hubieran sido impensables pocos decenios antes, cuando los ancianos que ostentaban la tiara pontificia eran vistos como adversarios retrógrados y

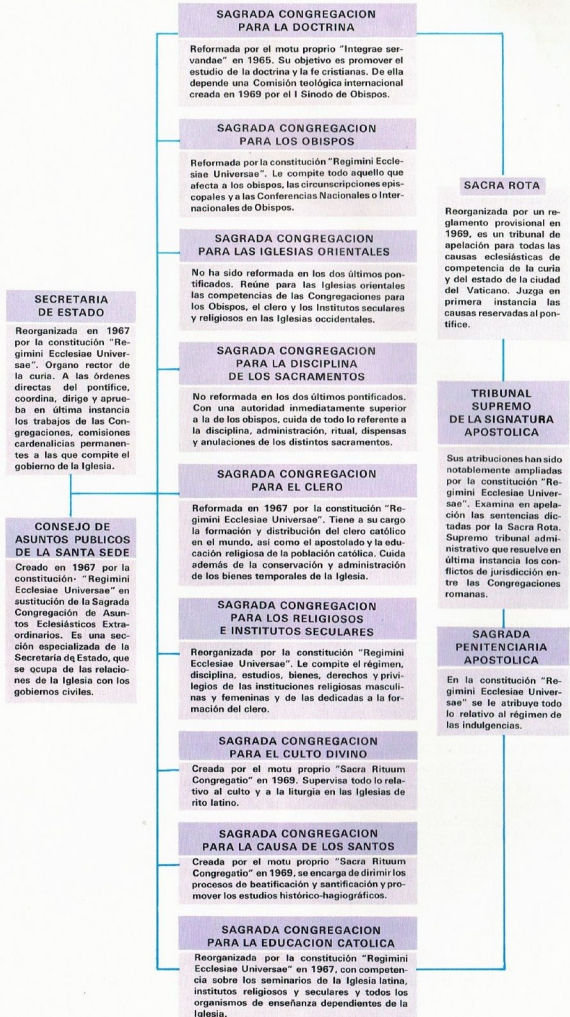


Sesión del conclave reunido en 1903 a la muerte de León XIII y en el que resultó elegido Pío X (Biblioteca Nacional, París).

sin poder efectivo, perdida no sólo su antigua influencia temporal, sino también su ascendiente espiritual sobre amplias masas.

En esta vasta y continuada actividad diplomática la Santa Sede perseguía como uno de sus objetivos el reconocimiento en aquellas naciones de la Acción Católica, impulsada y organizada por Pío XI. Este organismo, que se mantendrá vivo hasta la crisis posterior al Concilio Vaticano II, significaba una actitud nueva en la Iglesia. Hasta entonces los laicos habían ocupado una posición eclesial de segunda clase, cuando no de tercera. Sus principales características, como dijo con humor Paul Claudel, eran atender la predicación y abrir la bolsa a las coletas. Aunque con evidentes cautelas, la Acción Católica representaba la incorporación de los laicos,

LA ADMINISTRACION PONTIFICIA



tanto tiempo menospreciados, a las tareas de la Iglesia. Los laicos eran, en recta teología, también apóstoles, enviados para la transmisión de la buena nueva de Cristo. Ahora se les reconocía hasta cierto punto tales derechos y deberes en organizaciones generales y en otras especializadas que tuvieran en cuenta la diversidad sociológica de los modernos estados.

Además de su misión propiamente apostólica, los movimientos de Acción Católica habían de tener con frecuencia una misión cívica y política. La formación de cuadros dirigentes de las futuras democracias cristianas no era la menor, aquellas democracias cristianas que en sus inicios habían sido dirigidas la mayoría de las veces por clérigos. Este interés por el mundo, que contrastaba con el reciente menosprecio, no iba a llegar sin confusiones, al convertirse con alguna frecuencia en medio de alargar secularmente el brazo eclesiástico sobre los asuntos políticos. Pero en cualquier caso resultaba un instrumento nuevo y de notable eficacia para aquella reinserción de la Iglesia en la sociedad. Mientras, en el campo misional, Pío XI seguía favoreciendo la tendencia, muchas veces llegada con retraso, de promover el clero indígena en los países de misión, dando así carácter autóctono a las Iglesias de los países misionados.

Esta vasta operación, debido al modo con que lógicamente había de ser llevada, aumentaba la tendencia centralizadora en la Iglesia: el Vaticano, aun reducido a un brevísimo espacio y sin haber llegado aún a la solución de la cuestión romana, se convertía en el centro nervioso de multitud de actividades. Era el núcleo del cual salían órdenes e instrucciones, la emisora a la que atendían las Iglesias nacionales, el punto en el que se tomaban las decisiones sin demasiadas consultas a la periferia. Hasta tal punto que con frecuencia la historia de la Iglesia se confundía con la del Vaticano. El dogma de la infalibilidad pontificia, aprobado por el Concilio Vaticano I, aumentaba este carácter, aunque en verdad ningún papa hubiera usado aún de tal prerrogativa, pero fácilmente se tendía a cubrir las decisiones pontificias con el prestigio de la infalibilidad, a pesar de los errores—piénsese en las cuestiones bíblicas—en los que cayó el llamado magisterio ordinario.

Mientras tanto el panorama político y socioeconómico del mundo contaba con un nuevo factor de importancia capital: en 1917 había triunfado la revolución soviética y el comunismo había pasado de ser una serie de movimientos más o menos perseguidos a protagonizar la política de un enorme estado. En muchos países se había consumado tam-



Pío X (Patriarcado de Venecia), cuyo pontificado vivió la lucha entre "modernistas" e "integristas".

bién la división del socialismo entre comunistas y socialistas democráticos. La crisis del capitalismo adquirió, después del *crack* de 1929, proporciones planetarias, al socaie de la cual nacieron los totalitarismos de derecha, que combinaban el nacionalismo con la defensa del gran capital, fueran cuales fueran sus afirmaciones demagógicas. El pontificado de Pío XI y la Iglesia de aquellos años tuvieron que tomar posición ante todas estas realidades. A la encíclica *Quadragesimo anno* (1931), conmemorativa de la *Rerum Novarum*, seguían las que se habían convertido en normas tradicionales de la doctrina social católica, lo que colocaba a la Iglesia en un campo favorable al capitalismo moderado, y por supuesto ello no carecía de relación con el hecho de que aquella burguesía que en el si-

ENCICLICAS PAPALES

Pontificado de Pío XI

- 1922 "Ubi arcano": institución de la festividad de Cristo Rey; llamamiento a la fraternidad universal.
- 1923 "Rerum omnium": sobre San Francisco de Sales y la prensa católica.
"Studium ducent": sobre la formación del clero.
"Ecclesiam Dei": sobre las Iglesias orientales.
- 1928 "Mortalium animos": exhortación a la paz y a la unidad de los cristianos.
"Rerum orientalium": reorganización de los estudios bíblicos y de las civilizaciones orientales.
- 1929 "Mens nostra": sobre los ejercicios espirituales.
"Reppresentanti in terra": sobre la educación de la juventud.
- 1930 "Casti connubii": sobre el matrimonio cristiano.
- 1931 "Quadragesimo anno": conmemoración del cuarenta aniversario de la encíclica "Rerum novarum"; exposición de la doctrina social de la Iglesia.
"Non habiamo bisogno": condenación del régimen de Mussolini tras diversos ataques fascistas a las organizaciones de Acción Católica.
"Nova impendit": exhortación a la

caridad en un tiempo de dificultades económicas.

- "Lux veritatis": sobre la maternidad virginal de María.
- 1935 "Ad catholicos sacerdotes": sobre la disciplina del clero.
- 1936 "Rerum ecclesiae": sobre las misiones.
"Vigilanti cura": sobre la moralidad en el cine.
- 1937 "Mit brennender sorge": condenación del nazismo a causa de la violación del Concordato vigente entre la Santa Sede y Alemania.
"Divini Redemptoris": condenación del comunismo.
"Ingravescentibus malis": predicación de una cruzada mariana y exaltación del rezo del Rosario frente al peligro inminente de guerra en Europa.

Pontificado de Pío XII

- 1939 "Summus Pontificatus": condenación de la guerra; deber de todas las naciones de convivir pacíficamente unas con otras.
- 1945 "Orientales omnes": condenación de la persecución religiosa hecha por los regímenes comunistas.
"Divino afflante spiritu": reorganización de los estudios bíblicos.

"Humanæ generis": sobre la Revelación.

- "Mystici corporis": sobre la Iglesia.
- "Mediator Dei": sobre la liturgia.
- "Munificentissimus Deus": definición del dogma de la Asunción de María.
- 1951 "Sempiterna rex": sobre el misterio de la Encarnación.

Pontificado de Juan XXIII

- 1959 "Ad Petri cathedram": sobre los fines del próximo concilio.
- 1961 "Mater et Magistra": sobre la doctrina social de la Iglesia.
- 1962 "Penitentiam agere": pidiendo oraciones para el próximo concilio.
- 1963 "Pacem in terris": sobre las relaciones internacionales.

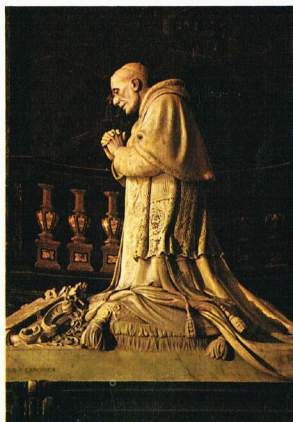
Pontificado de Paulo VI

- 1964 "Ecclesiam suam": sobre la misión de la Iglesia y su reforma.
- 1967 "Sacerdotalis celibatus": sobre la disciplina del clero.
"Populorum progressio": sobre los problemas de las naciones subdesarrolladas.
- 1968 "Humanae vitae": reafirmación de la doctrina católica sobre la moral sexual.

glo IX se había colocado en buena parte ante la Iglesia por sus propias ideas liberales, fuera pensando que la Iglesia era un hogar confortable para ella. Con todo, la *Quadragesimo anno* venía a comprobar que el capitalismo había empeorado desde los tiempos en que León XIII trató de cristianizarlo, y apuntaba con cautelas que el socialismo, aparte la rama comunista, se había transformado también, pero en el sentido de estar más próximo a los principios cristianos: "No se puede negar que sus peticiones se acercan mucho a veces a las de quienes desean reformar la sociedad conforme a los principios cristianos". Con todo, el papa afirmaba que "nadie puede ser al mismo tiempo buen católico y socialista verdadero", un tanto al modo como decenios atrás habían sido condenados los católicos que afirmaban que se podía ser al mismo tiempo demócrata convencido y buen católico. Pero ya por entonces había católicos que eran socialistas, por ejemplo no pocos adeptos del laborismo británico, y las autoridades eclesiásticas hubieron de recono-

cer que aquella observación tajante de Pío XI no podía aplicarse a ellos.

Pero mucho más que el socialismo aterrorizaba a Roma y a toda la Iglesia el comunismo, a la vez por su ateísmo proclamado y militante como por la revolución que representaba en todos los órdenes. Fueron seguramente la desconfianza y el temor ante socialistas y comunistas los que impulsaron a que Pío XI transigiera con el fascismo mussoliniano y dejara luchar en el abandono al Partido Popular. En 1929 se firmaban los pactos de Letrán, que ponían fin a la larga cuestión romana y reconocían la existencia del pequeño estado pontificio y una serie de derechos en la nación italiana. Pero el carácter totalitario del fascismo se puso en seguida en evidencia con la persecución de organizaciones católicas italianas, sobre todo juveniles, y si se llegó a una coexistencia práctica entre los altos dignatarios de ambas potestades, la confianza no llegó a cuajar, mientras la actitud individual de los católicos era muy diversa, desde el abierto colaboracionis-



Monumento sepulcral de Benedicto XV en el Vaticano. Este papa, que afirmó la presencia de la Iglesia en el mundo con sus iniciativas de paz durante la primera Guerra Mundial, alentó el nacimiento del primer partido demócrata-cristiano en Italia.

mo de unos hasta la oposición de grupos de dirigentes de la Acción Católica, de los que habían de salir los cuadros triunfantes de la Democracia Cristiana italiana de la posguerra.

Poco después un totalitarismo de derechas aún más peligroso y agresivo nacía en Alemania. Hitler disolvía los partidos, entre ellos el *Zentrum* católico y protestante, y empezaba a obstaculizar, en aras de su ideología racista e imperialista, la labor de todos aquellos católicos que se le oponían, y que no pocas veces eran enviados a los criminales campos de concentración. En 1937, Pío XI condenaba el nazismo con la *Mit brennender Sorge*, y pocos días después, como si quisiera equilibrar los platillos de la balanza, fulminaba al comunismo en la *Divini Redemptoris*: el comunismo era declarado "intrínsecamente perverso". Las persecuciones habidas años atrás en México y las posteriores en España no alentaban al Vaticano por el camino de la simpatía con movimientos de tipo revolucionario.

La centralización vaticana había proseguido, y así los últimos papas multiplicaban las encíclicas sobre los más variados temas, des-

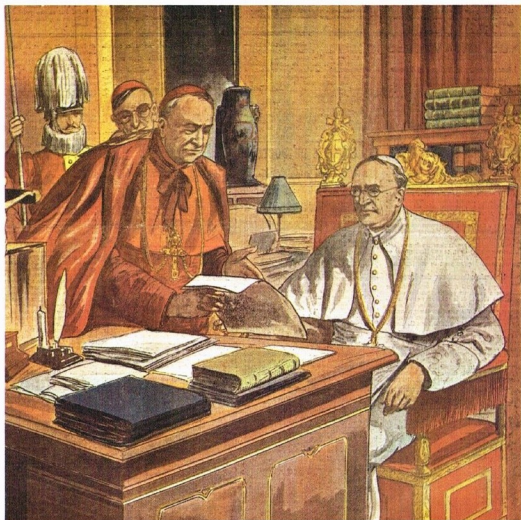
de la realeza de Cristo y el papel del sacerdote a la influencia del cine, pasando por cuestiones sociales, políticas y económicas, tendencia que había de aumentar en Pío XII y que no iniciaría cierta disminución hasta el pontificado de Juan XXIII. También eran frecuentes sus gestiones diplomáticas para preservar la paz, cada día más amenazada por Hitler, ante cuya presencia en Roma contestó Pío XI con significativo desdén.

Pero los dados estaban echados. La segunda Guerra Mundial iba a ensangrentar la tierra durante más de cinco años. Pío XII, en los inicios de su pontificado, había intentado detener la guerra por medio de negociaciones, y el 24 de agosto, pocos días antes de que las tropas de Hitler invadieran Polonia, había exclamado: "Nada se pierde con la paz; todo se puede perder con la guerra". Iniciada ésta, sus gestiones, también infructuosas, se dirigieron a apartar del conflicto bélico a Italia. En diciembre de 1939 se produjo otro hecho significativo: el anuncio de relaciones diplomáticas con la potencia que había de contribuir tanto al triunfo de las armas aliadas y que se convertiría en la primera potencia del globo, los Estados Unidos.

La labor de Pío XII durante la segunda Guerra Mundial se ha juzgado de distinto modo: se le ha reprochado su silencio público ante la criminal persecución de los judíos; se ha alabado su labor de ayuda a refugiados y perseguidos. Por otra parte, en los países ocupados igual podían encontrarse unos obispos simpatizantes con los triunfadores de la hora como un cura en un campo de concentración o un laico en primera fila de la Resistencia. Sea como fuere, en aquella trágica prueba, en la que hubo ambigüedades y contradicciones, también ha-



Medalla de Pío XI (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona), organizador e impulsor de la Acción Católica y que condenó tanto al comunismo como al nazismo.



Aprobación por Pío XI del proyecto de tratado de Letrán que le presenta el cardenal Gasparri (Biblioteca Nacional, París). Mediante este tratado se reconocía la existencia del estado pontificio.

bían de darse hechos que iban a contribuir a cambios de actitud posteriores: por ejemplo, la participación en una misma lucha de resistencia, sobre todo en Francia y en Italia, de católicos con hombres de ideología y filiación que se habían considerado opuestas y aun enemigas de la Iglesia; los sufrimientos en común de católicos y protestantes en campos de concentración, lo que no dejaría de influir en el posterior progreso del ecumenismo.

Y resulta claro que las experiencias de la guerra llevaron a Pío XII a reafirmar su preferencia por las formas democráticas de gobierno, nacidas de las ya lejanas revoluciones políticas. Tras examinar las consecuencias sangrientas a que habían conducido los poderes dictatoriales sin control de los ciudadanos y para evitar la repetición de nuevas guerras a que tales poderes arrastraban, se preguntaba en su radiomensaje de Navidad de 1944: "¿Es de extrañar que la tendencia democrática se apodere de los pueblos y obtenga en todas partes la aprobación y el consentimiento de quienes aspiran a colaborar con mayor eficacia en los destinos de los individuos y de la sociedad?". Y añadía: "La forma democrática aparece a muchos como un postulado natural impuesto por la misma

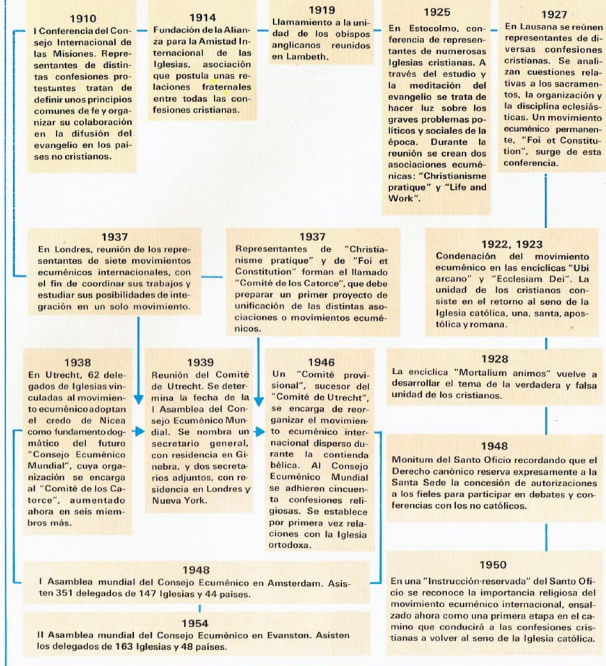
razón... Si el porvenir ha de pertenecer a la democracia, una parte esencial de su realización deberá corresponder a la religión de Cristo y a la Iglesia". Palabras, estas y otras semejantes, que en el siglo XIX habían osado insinuar aquellos pioneros de la democracia dentro de la Iglesia, pero que en modo alguno habían obtenido la aprobación oficial y que aun habían sido objeto de censura o de condena.

Las palabras de Pío XII en favor de la democracia política contrastan con todas las cautelas y recelos que sus predecesores habían dedicado a la cuestión. El cambio es tan notable que ilustra adecuadamente la evolución habida en esta cuestión dentro de la Iglesia católica, aunque la sutileza diplomática de muchos altos eclesiásticos en general e italianos en particular argumentara y siga argumentando que no era sino la lógica continuidad de un mismo pensamiento. Pero de modo algo parecido al que la tradicional habilidad política del pueblo italiano consiguió que su país figurara, al fin de la guerra, casi como nación vencedora en vez de beligerante vencido, la habilidad católica-italiana de muchos dirigentes de la Iglesia colaboró a que en la inmediata posguerra llegara la hora del triunfo europeo de la democracia cristiana, aquel movimiento al cual sus antecesores habían hecho pasar por tan duras pruebas.

Y así, la posguerra presenció la fulgurante ascensión política de los católicos constituidos en partidos democráticos. Solos o unidos con los protestantes, en Italia, en Alemania, en Francia, en Holanda, en Bélgica, en Austria, las democracias cristianas desempeñaron en los gobiernos y en los parlamentos el papel de protagonistas o cuando menos un papel imprescindible, y en algunos gobiernos, como en Italia y en Francia, en coalición con adversarios sobre los cuales no se habían levantado antiguas y recientes condenas: socialistas y comunistas. Más aún, en grados diversos según los países, máximo en Italia vista la tradicional influencia vaticana, y menor en otros países de más reconocido pluralismo, el llamado mundo católico colaboraba fervorosamente al triunfo de las democracias cristianas: la prensa confesional las sostenía, los obispos recomendaban votarlas, organizaciones de apostolado laical funcionaban como red de apoyo político, párrocos italianos repartían a sus feligreses una hoja alusiva al escudo cruzado de la Democracia Italiana de De Gasperi, protegido por el Vaticano durante el fascismo:

*Chi a lo scuto crociato
il suo voto non darà
dovrà piangere il suo peccato
per l'eterna eternità.*

EL MOVIMIENTO ECUMENICO HASTA EL PONTIFICADO DE JUAN XXIII

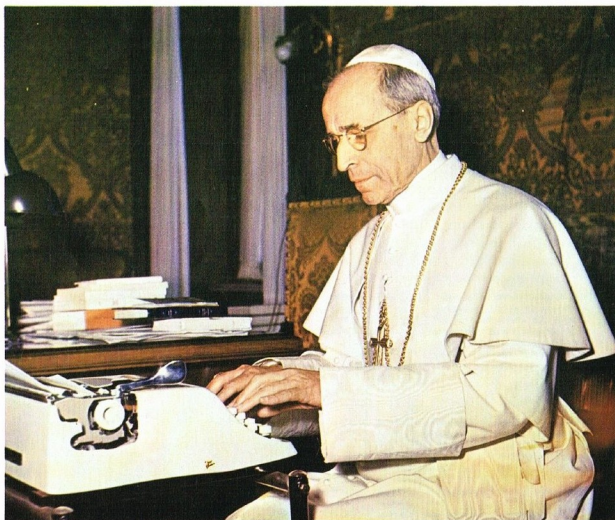


La operación de retorno de la Iglesia al campo de la democracia liberal, del que había sido expulsada y que al mismo tiempo ella había rechazado, estaba realizada. Y, piénsese lo que se piense sobre ello, no puede dejar de reconocerse que significa una notabilísima habilidad de maniobra el haberla realizado partiendo desde no demasiados decenios de la oposición. Recuperar el poder, compartirlo o, por lo menos, tener un lugar habitual y reconocido en el sistema político, y por los medios que tiempo atrás habían sido condenados con mayor o menor claridad, y en cualquier caso vistos sin ninguna simpatía, hubiera llenado de asombro, aunque por motivos diversos, a los adversarios de menos de un siglo atrás, un Pío IX y un Garibaldi. Pero, aparte lo que en ello influ-

yera la tradicional habilidad de ciertos dirigentes eclesásticos y la capacidad de adaptación de gran parte del mundo católico, otros factores innegables colaboraron en ello: la sincera conversión y defensa de la ideología y la práctica de la democracia política por parte de tenaces minorías católicas, y la evolución sociológica en no pocos países, por la cual resultaba indudable la existencia de una sólida burguesía católica. Y por supuesto la evolución de movimientos políticos y sociales ayer abiertamente enemigos de la Iglesia y luego habituados a una temperatura más templada al respecto.

Pero quedaban otros campos. Pío XI había dado años atrás un famoso grito: "El gran escándalo del siglo es que las masas se han apartado de la Iglesia". A este grito se

Pío XII en su mesa de trabajo. Aunque su actuación durante la segunda Guerra Mundial fue objeto de críticas, las experiencias de aquella le llevaron a reafirmar su preferencia por las formas democráticas de gobierno.



Intervención de Pío XII ante la multitud romana tras los bombardeos de la Ciudad Eterna en agosto de 1943.



replicó posteriormente, entre los católicos, con palabras pronunciadas con mayor sordina: "El gran escándalo del siglo es que la Iglesia se haya apartado de las masas". Esta respuesta quería significar que gran parte de la Iglesia, al desentenderse de las masas obreras surgidas del primer capitalismo, al aceptar el *statu quo* de clases dominantes y clases dominadas, al sugerir sólo como leve remedio unas formas paternalistas de asistencia o retoques secundarios en la organización capitalista, daba la razón a la acusación marxista de que la religión era el opio del pueblo, llamada a la resignación para que no reivindicara sus legítimos derechos. Éste era el escándalo: que la Iglesia, colectivamente, no hubiera sido fiel en este campo a la preferente atención a los pobres, claramente señalada por Jesucristo en los Evangelios.

Y así, dentro de la Iglesia triunfante de la democracia cristiana se advertía más y más que la preferencia de los esfuerzos se dirigían a las clases acomodadas y medias, parcialmente des cristianizadas, olvidando las clases proletarias, ampliamente alejadas de la Iglesia, aunque a veces no sin ciertas nostalgias cristianas. Dos curas, Daniel y Godin, se preguntaron si Francia no era un país de misión, y la respuesta era afirmativa. Nació así



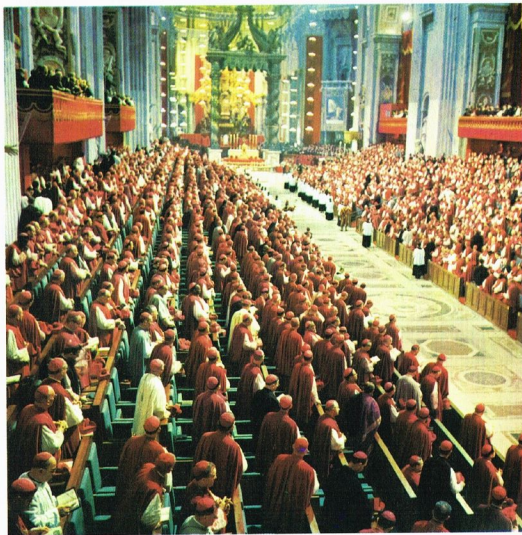
Juan XXIII, el papa del "aggiornamento", la unión de los cristianos y la paz en la tierra (Patriarcado de Venecia).

la experiencia de los sacerdotes-obreros en la segunda posguerra, que significaba un cambio radical en los objetivos y medios de apostolado. Los países considerados cristianos por muchos se convertían en países de misión, en los cuales no era ya necesaria la conservación de la fe, sino la evangelización, en especial de los sectores explotados por la estructura. La experiencia de los sacerdotes-obreros, con dificultades diversas y aun con admoniciones y condenas vaticanas, fue, con todo, un acontecimiento significativo en adquirir conciencia de unos problemas que habían sido generalmente ignorados. Estos problemas, algunos años antes ya advertidos y afrontados por un movimiento juvenil especializado, el de los jóvenes obreros católicos (J.O.C.), van a convertirse en uno de los temas centrales de las polémicas intraeclesiales desde el inicio de la segunda mitad del siglo.

No sólo de las polémicas, sino de las tentativas de renovación del catolicismo.

Porque desde tiempo alentaban en el cuerpo del catolicismo unos sectores que se sentían incómodos en una Iglesia que juzgaban pobre en lo cultural, burguesa en lo social, atrasada en lo científico, inauténtica en lo religioso. En el campo cultural, más libre de las inquisiciones curialescas, algunos pensadores como Maritain, algunos escritores como Chesterton, Mauriac, Bernanos, y desde los cuarenta, Graham Greene, habían suscitado amplio interés y, pese al contado número de tales figuras, un reconocimiento de que, en lo cultural y artístico, catolicismo no era necesariamente sinónimo de conformismo. Más difícil tarea tuvieron los clérigos empeñados en tareas de renovación teológica, bíblica o científica, pues el aparato represivo de la Iglesia actuaba más fácilmente sobre ellos, y así algunos hombres cuya obra alcanzó influencia y reconocimiento más tarde, en el Concilio Vaticano II, habían sido objeto de reprimendas del temido Santo Oficio. El caso tal vez más elocuente fue el del jesuita Teilhard de Chardin, cuyas obras sobre una concepción peculiar y cristiana del evolucionismo alcanzaron gran eco a la muer-

Sesión del Concilio Vaticano II, convocada por Juan XXIII y clausurada por su sucesor, Pablo VI.



EL PARROCO DEL MUNDO

Desde fines de mayo a principios de junio de 1963, los grandes titulares de la prensa mundial estuvieron emotivamente dedicados a la agonía y a la muerte de un hombre: un anciano que había superado los ochenta años, el hijo de unos modestos campesinos de una aldea italiana. Gentes de toda condición y parecer esperaban el comunicado médico de la radio, como si la agonía de un anciano no fuese un hecho natural que hay que aceptar. ¿Por qué? Agonizaba Angelo Giuseppe Roncalli, Juan XXIII en la historia del pontificado. "Su historia quedará para todos los corazones, creyentes o incrédulos, como la de un modesto cura rural cuya parroquia ha sido realmente el mundo entero", escribía pocos días después uno de los semanarios europeos de mayor tirada. Un anciano agonizaba en un aposento vaticano, y realmente agonizaba en la plaza pública, ante el mundo entero.

Angelo Roncalli nació en Sotto il Monte, cerca de Bérgamo, en 1881. Ingresó en el seminario de Bérgamo en 1891, pro siguió sus estudios teológicos en Roma, fue ordenado sacerdote en 1904 y volvió a Bérgamo como secretario del obispo Radini-Tedeschi, hombre de personalidad acusada y abierta. El cura Roncalli también daba clases en el seminario y tenía afición por los estudios históricos. Llegó la primera Guerra Europea y fue movilizado como capellán. Regresó a Bérgamo y pasó después a Roma: diversos cargos en organismos eclesiales, la carrera normal de un cura italiano con buenas dotes y vocación sincera —aun cuando el Santo Oficio, siempre desconfiado y puntilloso, había tenido algo que decir sobre algunas de sus opiniones—.

Pasó a la diplomacia de la Santa Sede como visitador apostólico en Bulgaria y fue nombrado obispo en 1925. En 1931 estaba en Sofía como delegado del Vaticano. En 1934 fue trasladado, y allí permaneció diez años, a la delegación apostólica de Turquía y Grecia. Al finalizar la segunda Guerra Mundial era uno de tantos prelados italianos en una misión diplomática de poca categoría, un obispo que había superado los sesenta años y del cual nadie hubiera pensado que accedería a la popularidad. Los que le conocían sabían de su especial preocupación por la unidad de los cristianos, de su peculiar mezcla de sencillez y energía. Un obispo rechoncho, de ojos bondadosos y astutos,

de sonrisa fácil y cabeza robusta, hundida en los hombros. Uno de tantos en la vasta red eclesial.

Fue entonces, inesperadamente, cuando Pío XII lo nombró nuncio en París. Una nunciatura destacada y un momento difícil: había muchos obispos acusados de colaboracionismo y se pedía su cambio. En París, el obispo Roncalli negoció con las autoridades hasta conseguir calmar las aguas; asistió a las recepciones y charló con el embajador soviético; tuvo sus frases de humor que años más tarde serían recordadas; mantuvo contacto con su humilde familia campesina. En 1953 fue nombrado cardenal y patriarca de Venecia: los venecianos lo juzgaron simpático. Se acercaba a los ochenta años y su carrera parecía terminada.

Pío XII había muerto y los cardenales se encerraron en el cónclave. ¿Quién iba a ser el sucesor del aristocrático Piacelli? La situación de la Iglesia no era fácil: los últimos años de Pío XII no habían favorecido las corrientes renovadoras; después de su fuerte personalidad, parecía llegado el momento de unos años de distensión que orillaran los problemas. El cardenal Roncalli fue elegido papa: "Un papa de transición", comentó casi todo el mundo. Pero el papa de transición resultó un papa de renovación inesperada. Algunos lo sospechaban. El patriarca Atenágoras le saludó con las palabras bíblicas: "Hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan...". Muchos más lo intuyeron cuando una de sus primeras iniciativas fue salir del Vaticano e ir a visitar a los presos de la cárcel de Roma. Su lucha contra el protocolo, la primacía que daba a lo pastoral, el estilo llano y amable estaban ya en sus palabras a los presos: "¡Me tenéis aquí! He venido, he puesto mis ojos en vuestros ojos, mi corazón en vuestro corazón...".

Fueron muchos los ojos y no pocos los corazones que empezaron a fijarse en aquel papa gordo y sonriente. Pero se trataba de una bondad inteligente y enérgica. En enero de 1959, ante la sorpresa de todos y el susto de no pocos círculos del Vaticano, anunció la convocatoria de un concilio ecuménico. Sus objetivos: un salto hacia delante, promover la unión de los cristianos, acercar la Iglesia y el mundo. La inspiración de convocar un concilio, cuando casi todo el mundo pensaba que los concilios se habían acabado, fue,

según el papa Roncalli, como "una primavera inesperada". Para llegar a la hora que vencer no pocas resistencias: la tenaz paciencia campesina del nuevo papa lo consiguió. El 11 de octubre de 1962 se abrió el concilio: el discurso inaugural de Juan XXIII desanimaba a los "profetas de calamidades" y señalaba el carácter renovador que deseaba para la reunión mundial de los obispos. Alentada por ello, el ala renovadora del episcopado se crecía y se revelaba, sorprendentemente, como mayoría que rechazaba farragosos y conservadores techos preparados en la curia vaticana.

En 1961, el papa Roncalli había publicado una encíclica importante, la *Mater et Magistra*, sobre los problemas sociales. En 1963 publicaba otra, de mayor entidad aún, la *Pacem in terris*, cuyo eco fue inmediato y vasto: la paz entre los hombres era uno de los objetivos de aquel que había sido oscuro obispo. Se le concedió el Premio Balzan de la Paz; recibió al yerno de Kruschew; siempre era la peculiar mezcla de humanidad y dinamismo que ya había cautivado a tantos.

Poco después, a fines de mayo de 1963, el cáncer que sufría se manifestaba ya irresistible. Llegó aquella agonía a los ojos del mundo, los grandes titulares, la multitud heterogénea siguiendo las noticias de los transitorios en la plaza de San Pedro. "No flores: es la hora de la alegría", había dicho el viejo cristiano a los que le rodeaban. Un peón de Roma resumía el sentir general: "Fue el papa de todo el mundo". *L'Humanité*, órgano del partido comunista francés, titulaba en primera página: "Homenaje universal a Juan XXIII, el papa de la paz y del acuerdo entre creyentes e incrédulos". Y entre cristianos de distintas confesiones, desde luego. El concilio continuaba y se afirmaba que el papa Juan XXIII había sido el responsable de la mayor transformación en el catolicismo desde el Concilio de Trento.

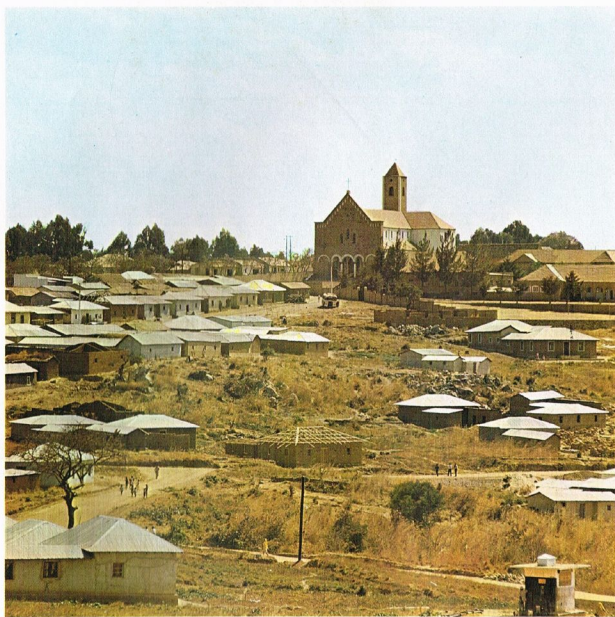
El anciano campesino había muerto después de un breve y fulgurante pontificado. Empezaba el recuerdo de sus gestos y de sus frases: "Las florescillas del papa Juan". Muchos seres humanos, creyeron o no en el Dios a quien había servido Angelo Roncalli, se sentían un poco huérfanos, pero también fortalecidos. Había sido el párroco de todo el mundo, y era un hombre valeroso y bueno.

J. G.

te de su autor, mientras en vida la superioridad eclesial consiguió ahogarlas eficazmente.

Así, durante los últimos años del pontificado de Pío XII, que marcó una debilitación en sus anteriores aperturas, coincidía el

crecimiento de los variados fermentos renovadores con la vigilancia estricta de las corrientes conservadoras que no dudaban en descorazonar o aun sancionar lo que juzgaban desvío de la ortodoxia. Pero en 1953 fue elegido papa el vicario cardenal Angelo Ron-

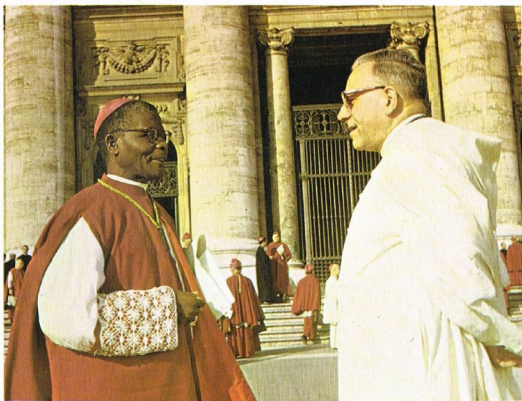


Misión cristiana en Tanzania. La labor de la Iglesia en las tierras de misión ha sido cuidada con esmero, aunque en muchos países del Tercer Mundo tropieza con un exagerado nacionalismo.

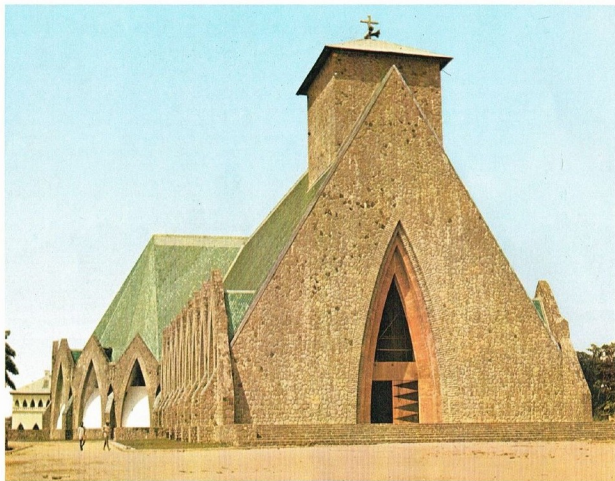
La presencia de obispos de todas las razas y latitudes confirió al Concilio Vaticano II un carácter ecuménico como no había tenido nunca otro.

calli, al que se le auguró un pontificado de transición. Tales pronósticos se vieron desmentidos del modo más notorio. Juan XXIII llegaba al solio pontificio con unas ideas básicas: la reforma de la Iglesia —lo que fue llamado el *aggiornamento*—, la tarea en favor de la unión de los cristianos, la eliminación de confusiones político-religiosas y la paz en la tierra. Todo ello perseguido con tenacidad y con un estilo vivo y cordial que no tardó en impresionar.

Ante el asombro de todos, Juan XXIII convocó el Concilio Vaticano II. Su propósito, expresado con la característica sencillez de su estilo, era abrir las ventanas para que entrara aire fresco en la Iglesia. Las diferentes tendencias del catolicismo se prepararon de inmediato para cerrar o abrir tales ventanas. El discurso de apertura de Juan XXIII dio el tono requerido: los profetas de calamidades habían dejado de ser objeto de aliento. El Concilio se abrió con incertidumbre y



Catedral de Brazzarille. La arquitectura más moderna ha elevado nuevos templos en los países africanos, aunque más bien vinculados a las artes occidentales que a las formas típicamente ancestrales.



El cardenal húngaro Mindszenty puede considerarse como uno de los miembros representativos de la Iglesia del silencio.



con farragos de esquemas, por lo general, mal preparados. Tampoco estaba claro el método de trabajo. Pero pronto se reveló algo que también constituyó sorpresa: casi todo el mundo hubiera dicho que las corrientes renovadoras eran importantes en el catolicismo, pero que constituían minoría en el episcopado. Resultó que eran mayoría y que no se doblegaban ante el afán curialesco de dominar la asamblea episcopal.

Juan XXIII sólo vio empezar el Concilio, pero tuvo tiempo para muchas tareas. Su afán

de retirar a la Iglesia y al episcopado de confusiones político-religiosas permitió que se formara en Italia el primer gobierno de centro-izquierda, en el que colaboraban demócratas cristianos y socialistas. Su encíclica *Pacem in terris*, acaso el documento pontificio recibido con mayor interés por el mundo y dedicado a todos los hombres de buena voluntad, pretendía sentar las bases de una verdadera paz entre los hombres y entre las naciones, y ampliaba la línea seguida, en cuanto a la organización internacional, por sus predecesores Benedicto XV y Pío XII. En cuanto a la colaboración con hombres de otras filiaciones, distinguía entre los principios doctrinales y los movimientos históricos cambiantes originados en aquellos principios. En palabras sencillas, ello fue interpretado como una autorización a colaborar con las fuerzas de izquierda, y el mismo Juan XXIII fue el primer papa que recibió a un comunista en el Vaticano: el yerno de Krushev. Por otra parte, Juan XXIII fue el impulsor destacado del ecumenismo. Desde la reforma protestante, las relaciones entre las diversas comunidades cristianas habían sido agrias, y el "no hay salvación fuera de la Iglesia", el estribillo repetido en toda educación católica. Roma no sólo se había mostrado recelosa, sino contraria a los intentos ecuménicos, e incluso llegó un momento en las conversaciones de Malinas que se vieron privadas del recono-

LA CONVOCATORIA DEL CONCILIO VATICANO II

- 1959 (25 enero) Juan XXIII anuncia su decisión de convocar un Concilio Eucuménico.
(17 mayo) Se constituye una Comisión antepreparatoria del concilio presidida por el cardenal Tardini.
(junio) La Comisión antepreparatoria inicia consultas en toda la Iglesia sobre el temario del concilio. Se publica la encíclica "Ad Petri Cathedram", en la que Juan XXIII señala los fines del concilio.
- 1960 (5 junio) Por el motu proprio "Superno Dei nutu" se instituyen las quince comisiones y secretariados preparatorios del concilio.
(julio) La Comisión antepreparatoria

- ria entrega a las distintas comisiones el resultado de sus consultas, las proposiciones que resumen los temas propuestos y un programa general de trabajo.
- 1961 (12 junio) Se inicia la primera reunión de la Comisión central antepreparatoria. Se trazan los esquemas de aquellas constituciones y decretos que el concilio deberá aprobar.
(25 diciembre) Constitución "Apostolica Humanae salutis", que convoca el concilio para el año 1962.
- 1962 (2 febrero) Motu proprio "Concilium", señalando el 11 de octubre como fecha de apertura del concilio.

- (1 julio) Encíclica "Penitentiam agere", pidiendo a todos los cristianos oraciones por el buen éxito del concilio.
(10 julio) Se pide a las confesiones cristianas el envío de observadores al concilio.
(julio-agosto) Los obispos reciben los primeros textos de las comisiones.
(5 septiembre) Se publica el reglamento del concilio por el motu proprio "Appropinquante Concilio".
(11 septiembre) Mensaje de Juan XXIII al mundo sobre los fines del concilio.
(11 octubre) Ceremonia inaugural del concilio.

cimiento vaticano. Seguían así, casi solos, los movimientos cristianos no católicos de orientación ecuménica, entre los que habían destacado *Faith and Order* y *Life and Work*. Entre los católicos, el ecumenismo solía ser tenido por sospechoso casi siempre. También aquí Juan XXIII dio un vuelco espectacular a la situación, con hechos y con palabras. Cuando el papa murió, su agonía suscitó la admiración y el afecto seguramente mayores que había despertado la Iglesia católica en muchos siglos.

Juan XXIII estaba muerto, pero las ventanas habían sido abiertas. Su sucesor, Pablo VI, llevó a cabo la difícil tarea de encargarse de que continuara y finalizara el Concilio. La multitud de documentos que promulgaron los obispos fue de valor muy desigual, pero lo importante era el tono dominante: la apertura. La interpretación predominantemente jurídica de la Iglesia era sustituida por la concepción del pueblo de Dios. Se preveían reformas litúrgicas atentas a la pastoral. El papel de los obispos quedaba realizado con la conciencia de colegialidad, contraria a la de meros funcionarios atentos a la menor indicación de la curia vaticana. Un documento del que se había esperado mucho, *Gaudium et Spes*, no confirmó todas las esperanzas, pero significaba una actitud de simpatía para el mundo, no de condena y vigilancia. Y el trabajo ecuménico de Juan XXIII fue recogido y continuado. Por otra parte, la presencia de obispos de todas las razas y latitudes dio a la asamblea un carácter universal, que jamás había tenido otro Concilio. La Iglesia católica dejaba de ser la Iglesia europea, y casi la Iglesia de los países europeos latinos, para escuchar voces muy

diversas: el pluralismo anglosajón, desconocedor y contrario a las combinaciones político-religiosas de las viejas cristiandades latinas, el mundo agitado de Latinoamérica, las voces del Tercer Mundo, en el cual —exceptuando China Popular— la Iglesia había salido mejor librada que en otros embates revolucionarios gracias a la orientación reciente de formar verdaderas comunidades autóctonas, la voz de la llamada "Iglesia del silencio" de los países socialistas, que, si bien en algunas cuestiones adoptaba un tono conservador explicable por la dura e injusta situación que vivían desde la caída del telón de acero, aportaban un testimonio de fidelidad y de austeridad. A pesar de figuras descolantes, los católicos de rito oriental no obtuvieron, por el contrario, todo el reconocimiento al que tenían derecho en sus peculiaridades frente al mucho mayor poder y extensión de la Iglesia de rito latino.

Pese a todos los defectos, fue indudable que el aire fresco había entrado en la Iglesia católica de los años sesenta. Pero en vez de llegar una amplia y fácil renovación inmediata, acorde con la tendencia que, en definitiva, se había impuesto, lo que llegó a la vuelta de pocos años fue la llamada crisis posconciliar. En primer lugar, seguramente porque la renovación se había aplazado mucho más de lo prudente y no podía dejar de producir traumas, como toda renovación largamente frenada. Y porque se pasaba de una sociedad rigidamente jerarquizada, estrictamente autoritaria, enemiga de la discusión interna, que había acostumbrado a sus fieles a estrecha obediencia, a ser una sociedad en la que la discusión se abría paso. Se cambiaban normas que habían sido mantenidas du-

Entrevista del papa Pablo VI con Atenágoras, patriarca ortodoxo de Constantinopla. Aunque los últimos papas no se consideraban ya "prisioneros", Pablo VI ha realizado grandes viajes más allá de las fronteras del Vaticano.



rante muchísimo tiempo con el imperio de la autoridad y aun aureoladas con luces de infalibilidad. Las voces de teólogos o de laicos largamente silenciadas podían dejarse oír en el nuevo ambiente, sin mucho temor a antiguas represalias. El reconocimiento de la riqueza y variedad de las Iglesias nacionales hacía que se plantearan problemas muy diversos, según las situaciones diferentes en que vivían. La luz de simpatía y de atención que se había predicado que debía existir al mirar el mundo hacía descubrir, con acierto o sin él, nuevas exigencias de adaptación. El ambiente de optimismo internacional que en unos pocos años había dominado con las tres figuras de Juan XXIII, Kennedy y Krushev, era sustituido por nuevos nubarrones y por la siniestra escalada en Vietnam. El mundo,

por otra parte, entraba en crisis en no pocos aspectos: crisis del monolitismo marxista, ataques a la sociedad de consumo capitalista, difícil camino del Tercer Mundo, en el que tanto habían confiado no pocos.

Juan XXIII fue el primer papa que salió del Vaticano desde 1870, con el corto viaje a Asís. Pablo VI recogía y ampliaba la iniciativa: Jerusalén y la entrevista con el patriarca Atenágoras, la India... En su viaje a la O.N.U., Pablo VI obtuvo acaso una coincidencia de asentimiento —exceptuando su breve alusión a la limitación de nacimientos— con su discurso en favor de la paz que recordó los más luminosos momentos de Juan XXIII. Pero la Iglesia católica caminaba en su conjunto hacia la crisis, que alcanzó su cenit en los últimos años de la década de los sesenta. Las reformas introducidas en la Iglesia eran juzgadas por unos sectores como insuficientes, mientras otros las estimaban excesivas y tenían miedo. Los sacerdotes se sintieron en crisis de identidad: ¿qué eran, para qué servían, qué debían hacer? Mientras aumentaban las secularizaciones y se planteaba el problema del celibato sacerdotal obligatorio, se convirtió en broma habitual entre los católicos decir que el Concilio Vaticano I había sido hecho para el papa, el Concilio Vaticano II para los obispos, y que había que esperar al III para que se ocupara de los sacerdotes y al IV para que realmente se tuviera en cuenta a los laicos. Muchos conceptos que habían permanecido durante decenios y aun siglos en una aceptación general expresada en lenguaje troquelado tiempo atrás se volvían difusos: ¿qué era exactamente la eucaristía, cómo había que entender muchos pasajes evangélicos, qué alcance tenían tales declaraciones dogmáticas?

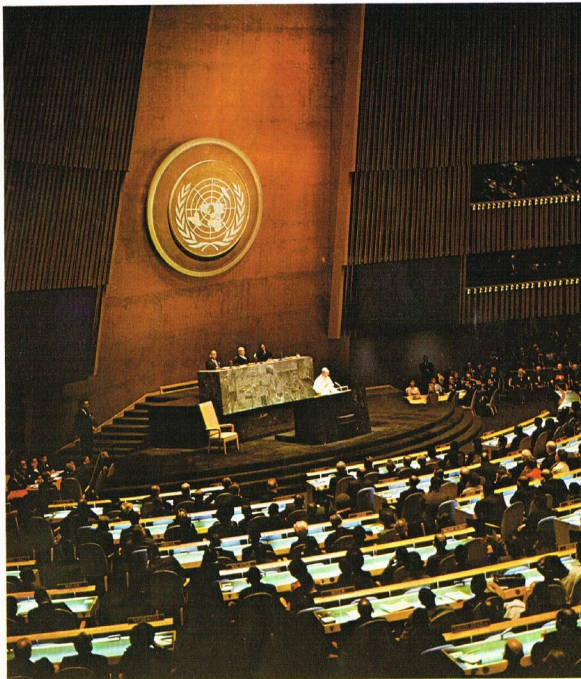
El deshielo provocado por el Concilio Vaticano II se convertía, así, en una proliferación de preguntas, dudas, problemas, polémicas. La antigua sociedad granítica pasaba a un estado que recordaba el gaseoso. Con una particularidad, sin embargo: si muchas opiniones y no pocas actitudes hubieran desembocado ayer, respectivamente, en herejía o en cisma, ni la una ni la otra se dieron en la Iglesia de la crisis. Aun cuando, sin duda, se produjeron abandonos de la fe —lo cual, por otra parte y según los autores en cada época interesados en ello, se producía desde el Renacimiento—, los disconformes con interpretaciones tradicionales y los partidarios de que se alojaran los lazos disciplinarios con Roma mostraban su voluntad de mantenerse dentro de la Iglesia. Así se multiplicaban tendencias, grupos, "sectas" según algunos. Antiguas organizaciones apostólicas, como la Acción Católica, perdían vigor y aun desaparecían prácticamente, pero eran susti-

tuidas por grupos proféticos y comunidades de base. Era el paso, en definitiva, de una sociedad autoritaria a una sociedad democrática.

En una sociedad de ese tipo habían de disminuir las continuadas orientaciones estrictas emanadas del solio pontificio y de la curia vaticana. Cuando, en el momento más álgido de la crisis, Pablo VI publicó su encíclica *Humanae vitae* (1968), en la que se reafirmaba la doctrina católica tradicional sobre la regulación de los nacimientos, tomó por sí mismo tal decisión sin consulta con el colegio episcopal y contra el parecer mayoritario de las comisiones previas que estudiaron el asunto, y también contra la opinión de muchos católicos. El resultado fue no sólo que la encíclica provocó división de pareceres, sino que en no pocos países la mayoría católica opinó que consideraba lícito el uso de las píldoras anticonceptivas. Este resultado de la encíclica convirtió en problemáticas las posibles intervenciones papales de tipo parecido en el futuro.

Las nuevas conferencias episcopales nacionales, y a veces de zonas supranacionales, consiguieron algún peso en la opinión pública, pero los sínodos reunidos en Roma no alcanzaron la temperatura de debate y renovación a la que había llegado el Vaticano II. La reflexión teológica fue influida por tendencias protestantes: la desmitificación del Evangelio realizada por Bultmann, la teología secular de Robinson y de Cox. Holanda se había convertido en la punta de lanza de la reflexión teológica y de las experiencias litúrgicas y pastorales. Aparecieron unas teologías nuevas: la de la violencia, después la de la revolución y últimamente la de la liberación.

Estas tendencias teológicas ante las situaciones socioeconómicas y políticas recibieron notable impulso desde las tierras latinoamericanas, en las que había causado evidente impacto la revolución de Fidel Castro. Ya no se trataba de la admisión del liberalismo político, sino de la de la revolución social ante las condiciones dominantes en muchos países latinoamericanos. Y en algunos casos, como el del cura colombiano Camilo Torres, muerto en la guerrilla en 1966, no se trataba sólo de reflexión teológica o de estudio sociológico. Sectores católicos avanzados opinaban que la tradicional afirmación de la doctrina social católica de que la propiedad privada, incluso de los medios de producción, era de derecho natural, resultaba insostenible, y en verdad la *Gaudium et Spes* ya no la había defendido al modo anterior. En una encuesta realizada en Francia en 1972, el setenta por ciento de los católicos practicantes preguntados respondía afirmativamente a la



Pablo VI en el edificio de las Naciones Unidas en Nueva York, dirigiéndose a la Asamblea General en su célebre discurso en favor de la paz.

pregunta de si se podía ser al mismo tiempo cristiano y partidario de una sociedad socialista.

Pero este porcentaje, inimaginable tiempo atrás, no significaba que fuera el mismo el de los católicos franceses que votasen en favor de una sociedad socialista. Como en los demás países de parecido desarrollo, su voto era, por lo general, mucho más moderado, como correspondía a su pertenencia sociológica. Sin embargo, así como un día se pensó que el ideal era la unión del poder civil y el eclesiástico y ahora se acepta en la práctica que lo más útil es la separación de poderes, la opinión de que la fórmula de democrata-cristiana constituida el ideal había sufrido quiebras, según los sectores avanzados, dadas las confusiones político-religiosas que traía consigo y la política poco radical que una agrupación interclasista que pretendía la



Pablo VI encaminándose a la catedral de Bogotá con motivo del Congreso Eucarístico Internacional allí celebrado en agosto de 1968.

unidad política de los católicos había de traer como resultado. Y aunque en Latinoamérica se habían registrado triunfos de democracias cristianas —en Chile y en Venezuela—, la opinión general evolucionaba hacia la aceptación de un pluralismo político de los católicos.

Tal vez es esta palabra, pluralismo, la que mejor defina el estado actual de la Iglesia católica en el inicio de los setenta. Pluralismo de opiniones religiosas, pluralismo de iniciativas pastorales, litúrgicas y teológicas, pluralismo de grupos o asociaciones, pluralismo de actitud política. Ello ha significado, en pocos decenios, un cambio profundo de la sociedad eclesial. La definitiva desaparición de las antiguas situaciones de cristiandad puede parecer una pérdida a los sectores católicos retrógrados, pero, por lo general, cabe pensar que la situación de la Iglesia en un mundo secularizado es juzgada en definitiva como más favorable y purificadora para ella que la antigua sociedad. Así como la pérdida de los Estados Pontificios fue vista por la mayoría de los católicos como una catástrofe, de la que la Iglesia saldría hondamente perjudicada, cuando en realidad ha traído un aumento del crédito del papado, al que solicitan hoy audiencia gobernantes del más distinto signo.

El futuro proceso evolutivo de la Iglesia católica no es previsible. No es previsible el espectacular avance del ecumenismo en los años sesenta, después frenado tras franquear la etapa del reconocimiento de culpas mutuas, del deseo de terminar con el escándalo de la división. No son preVISIBLES las formulaciones teológicas a las que se lleguen des-

pués de una etapa de contestación y anticontestación. No es previsible ni se llegará a alguna síntesis entre el cristianismo llamado "vertical" —relación con Dios—, ayer predominantemente predicado, y la actual preocupación por el cristianismo "horizontal", de atención a los humanos. No es previsible el papel futuro de los sacerdotes, superada su crisis de identidad. No es previsible la situación sociológica futura de los católicos en las diversas latitudes, con la evidente incidencia de tal situación sobre sus hábitos y preferencias políticas. No son preVISIBLES con exactitud aproximada muchas cuestiones.

Pero no ofrece dudas que esta sociedad secular ha demostrado, a lo largo de los últimos decenios, una capacidad de adaptación a los nuevos problemas y un fermento de autocritica que le han permitido afrontar —con éxito diverso, pero sin el estrepitoso fracaso a la que parecía abocada a mediados del diecinueve, cuando su posición retrógrada y las nuevas corrientes la pusieron fuera de juego— las transformaciones de un mundo inquieto, empujado por los progresos de la ciencia y de la técnica, sacudido por los cambios socioeconómicos y políticos.

En un mundo en el cual semanarios de gran tirada han podido anunciar en su portada una nueva muerte de Dios para proclamar a los pocos meses el regreso de Jesús, y en ello no había sólo un sensacionalismo periodístico, la Iglesia católica parece haber comprobado que si las sencillas palabras de Juan XXIII sobre abrir las ventanas para que penetre aire fresco pueden traerle resfriados, las ventanas perpetuamente cerradas podían amenazarla de asfixia.

DECLARACIONES, DECRETOS Y CONSTITUCIONES DEL CONCILIO VATICANO II

- 1963 (diciembre) Constitución "Sacrosanctum Concilium" sobre la reforma de la liturgia, para conseguir una mayor participación de los fieles en las ceremonias religiosas. Decreto "Inter mirifica" sobre los medios de comunicación social.
- 1964 (enero) Motu proprio "Sacramentum liturgiarum" sobre la aplicación de la reforma litúrgica preparada por el concilio.
- (noviembre) Constitución "Lumen gentium" sobre la organización y misión salvadora de la Iglesia. Decreto "Orientalium ecclesiarum" sobre las Iglesias orientales católicas.

- Decreto "Unitatis reintegratio" sobre el ecumenismo, en el que se expresan la necesidad y el deseo de alcanzar la unidad de todos los cristianos y postulando, en tanto este objetivo no sea alcanzado, la colaboración entre las distintas confesiones.
- 1965 (octubre) Decreto "Christus Dominus" sobre el ministerio pastoral de los obispos.
- Decreto "Perfectae caritatis" sobre la renovación de la vida religiosa.
- Decreto "Optatum totius" sobre la formación sacerdotal.
- Declaración "Gravissimum educationis" sobre el derecho universal

a la educación y los principios de la educación cristiana.

(noviembre) Constitución dogmática "Dei verbum" sobre la revelación divina.

Decreto "Apostolicam activitatem" referente al apostolado de los laicos.

(diciembre) Declaración "Dignitatis humanae" sobre la libertad religiosa.

Decreto "Ad gentes" sobre las misiones.

Decreto "Presbyterorum ordinis" sobre los presbíteros.

Constitución "Gaudium et spes" sobre la Iglesia y el mundo actual.



Sínodo de obispos celebrado en el Vaticano. Después del Concilio Vaticano II se han reunido conferencias episcopales nacionales. Las supranacionales o sínodos no han continuado la renovación del Concilio.

BIBLIOGRAFIA

Concilio Vaticano II	<i>Documentos Conciliares</i> , Madrid, 1972.
Congar, Y.	<i>Jalones para una teología del laicado</i> , Barcelona, 1961.
Chenu, M.-D.	<i>El Evangelio en el tiempo</i> , Barcelona, 1966.
Fogarty, M.	<i>Historia e ideología de la democracia cristiana</i> , Madrid, 1964.
Juan XXIII	<i>Paz en la Tierra</i> , Barcelona, 1963.
Laurentin, R.	<i>Balance de la primera, segunda, tercera, cuarta sesiones; balance general del Concilio</i> , Madrid, 1967.
Maritain, J.	<i>Humanismo integral</i> , Santiago de Chile, 1947.
Nuevo	<i>catecismo para adultos; versión íntegra del catecismo holandés</i> , Barcelona, 1969.
Robinson, J. A. T.	<i>Sinceros para con Dios</i> , Barcelona, 1967.
Thils, G.	<i>Historia doctrinal del movimiento ecuménico</i> , Madrid, 1965.
Tresmontant, C.	<i>Introducción al pensamiento de Teilhard de Chardin</i> , Madrid, 1958.



Fiesta de la Trinidad, en Addis Abeba, correspondiente a la cristiandad copta. Aunque se ha aguilatado últimamente la riqueza y variedad de las Iglesias nacionales, los católicos de ritos orientales no han obtenido todo el reconocimiento a que tendrían derecho por sus peculiaridades.